

»jacobinos del severo é incorruptible Robespierre; un poco más lejos Louvet, que con su figura de papel mascado, sus ojos vacíos, dirigía miradas de voluptuoso deseo á la virtuosa mujer del virtuoso Rolland, y del hermoso Barbaroux, y de muchos. Uno de los desca- misados entra por la recámara del virtuoso Rolland, tropieza con la virtuosa mesa, y echa por tierra los virtuosísimos postres. A la noticia de que se han perdido los postres, la virtuosa mujer del virtuoso Rolland, se arranca el moño postizo y lo pateo. Señora de tal ca- libre, añade con furor el siniestro libelista, era una espartana, sus amigos unos romanos de la República, su esposo Catón en persona.» ¡Cuán mujer la espartana con todo su estoicismo de artificio ó imitación y toda su retórica de predicador á lo Séneca! Sintiendo entre tantas injurias el bromazo de la peluca se presentaba con el cabello suelto donde quiera que se lo permitían las leyes del uso y las conveniencias del mundo. Mas era dema- siado frecuente la invocación en los labios suyos á la virtud, para que no procurase dar á este usado tópico la necesaria sinceridad. Y en esta sinceridad excitaba el marido á des- confiar de Dumouriez, por ser éste vicioso. Y sin embargo, ¡cuán extraordinaria persona el ministro! Lo mismo iba con él á un combate que á un rosario; lo mismo cenaba con las mu- jeres perdidas que comulgaba con los sacerdotes ortodoxos, lo mismo le dirigía un dis- curso á la Princesa Lamballe sobre lo puro de su aristocrática sangre, casi regia, que un requiebro á la Mirecourt encareciéndola sus gracias y sus méritos como cantinera de la revolución, volubilidad que le llevó al servicio del gran Paoli para defenderlo y á Córcega contra Génova como al servicio de Choiseul para vencer al glorioso defensor de Córcega y unir ésta por siempre á Francia; y así, tras el día, en que pretendió suicidarse con opio por una monja, prima suya, de quien se había enamorado perdidamente, tomaba sobre sus hombros una conjuración para salvar á Bélgica de los reaccionarios y de los jesuitas; al par de tener unos amores con hermosa madrileña, conspiraba para unir Portugal con Es- paña, desde la Granja, para Carlos III, y se hacía temer en Lisboa del gran Ministro Pom- bal, quien lo desterraba del reino lusitano; al par que ofrecía homenajes de vedado género á la celebre Condesa Masszech, la cual murió al dolor causado en ella por la muerte de Polonia vendida en cien traiciones, defendía la grande causa de nacionalidad tan desespe- rado y esforzaba el valor nativo suyo para protegerla en sus terribles agonías; al par que iba de tertulia cara de la Dubarry, aunque representase la prostitución en el trono, res- pectaba todos los escrúpulos y compartía todas las devociones de su mujer legítima, profun- damente religiosa y fiel; al par que andaba como un aventurero temerario de Norte á Me- diodía, ejerciendo el magnetismo de su amistad sobre los hombres y el magnetismo de su amor sobre las mujeres, combatía con Souvarow, el mayor enemigo de la libertad y de la revolución en el mundo; al par que bebía copa tras copa, jugaba dado tras dado, yacía en todos los lupanares encontrados por sus caminos, salvaba una batería de cinco cañones, detenía con su brazo un regimiento, caía de su caballo en heroica defensa, donde le rom-

pieran una pierna, le cortaran tres dedos de la mano, lo acribillaran á balazos, lo cu- brieran de gloriosas heridas, le ensangrentaran la vista, le magullaran la cabeza, hasta dejarle sus enemigos entre los cadáveres: que aquel hombre tenía con todas las tracamu- danas del calavera, con todas las perfidias del conspirador, con todas las temeridades del aventurero, todas las grandezas y todas las audacias del heroísmo, todas las sufridas vir- tudes ó todas las pacientes conformidades del martirio.

Con tales condiciones no podía estimarlo madame Rolland, quien tenía la religión de Vicario Saboyano y la moral del estoico Plutarco en demasiada estima para conciliarse con el vicio y con el escepticismo en persona. Y la Reina tampoco lo estimaba. Sin embar- go, urdiendo intrigas y conspiraciones por hábito ya, gustábale conocer y hablar á éste prototipo de los intrigantes y de los conspiradores. El Rey, que gustaba durante la domi- nación girondina departir de todo con sus ministros, menos de política y de gobierno, cre- yéndose ya cautivo y destronado desde que no tuvo ministerio á su guisa y desde su libre nombramiento, consumía las horas de los consejos ministeriales, provocando la facundia del afluente Dumouriez para que hablase de sus aventuras y los entretuviese con su bio- grafía. Luego, levantado el Consejo y recludo en su Cámara, holgábase con describir á su familia las perfidias usadas para despistar á los ministros, y burlarlos con propósito de que no cayesen por modo alguno en la cuenta de que nunca se creería él un verdadero Rey mientras reinase gobernando ellos; y con este motivo encarecía sin tasa el estro de su ministro Dumouriez, insustituible para él en arte tan difícil como contar, sin rebajarse á los ojos del oyente, ni hacerse traición á si mismo, las extraordinarias perrerías de su vida con la mayor serenidad. Así la Reina, curiosísima por naturaleza, después de haber- se negado á recibirle, un día le citó sin pedirla él, á una entrevista. Dumouriez, parecido á Sieyes en esto de vivir mucho entre los naufragios de la revolución, doblados para él con los horrores de la guerra, tuvo tiempo de dictar sus *Memorias*, como buen francés y dejarnos en ella el relato de las entrevistas regias, que voy á copiar muy servilmente. Le aguardaba sola en su regia Cámara. Los ojos de la pobre Reina estaban enardecidos de siniestros insomnics; su cara enrojada con las huellas del llanto. Iba de un lado á otro con impaciencia, como prisionera que pugna por atravesar las paredes de su ca- labozo, como de ave que pugna por romper los alambres de su jaula. El sacudimiento de su hermoso cuerpo indicaba estado nerviosísimo verdaderamente sobrecitado, y esta so- breexcitación presagiaba un tormentoso coloquio. A pesar de sus agitaciones, la Reina no perdió el dominio sobre sí misma; y á pesar de su irritación exaltadísima no perdió su arrogancia magestuosa. Ante mujer de aquel nativo imperio, Dumouriez no se reconoció ministro, se reconoció vasallo. Muy ducho, por su costumbre de frecuentar palacios, en artes cortesanas, Dumouriez no dijo una sola palabra; esperó humilde á que la majestad real hablase. Y habló como nunca. Nadie diría que tuviese Antonieta delante un aventurero con

fama de intrigante y de traidor; le dijo cosas que solo pueden decirse con seguridad en horas supremas, á la reserva y á la virtud. Apenas habia saludado, cuando á boca de jarro, le disparó declaración política tan grave como que ni su marido, ni ella estaban en el caso de aguantar las innovaciones constitucionales, aunque lo quisiera el pueblo, en quien desconocía y negaba todo derecho á erigirse monarca y cambiar las leyes seculares del Estado. Temerario por su índole Dumouriez, extrañó la regia temeridad; y sólo acertó á decir cuánto sentía en su ánimo, aquella declaración y aquella confianza. La Reina magüer la extrañeza de su ministro, continuó sin detenerse hablando mal del pueblo y diciendo cómo rompía hoy el ídolo adorado ayer, por lo cual nadie, y menos un hombre tan experto como Dumouriez, podía librar esperanza de ningún género en la popularidad. El general creyóse obligado á dar un corte al diálogo con la consideración de que todos, Reyes y ministros estaban obligados á defender de palabra y hecho, el Código fundamental, pues en sus artículos residían las facultades privativas de cada poder político y dentro del espacio circunscrito por estos artículos debían ejercerse. La salud del Rey con la salud del pueblo dependían, según le dijo en este caso Dumouriez á la Reina, del cumplimiento de la Constitución, pues lo demás huele á desacato. Cada vez más resuelta contra las leyes entregadas á su esposo para su ejecución y custodia, la Reina se corroboró en desacatarlas y crearlas de corta duración. Su interlocutor le recordó á la majestad los años que ya contaba él, y le dijo que habiendo corrido muchos peligros, ninguno le parecía tan inminente como una catástrofe suprema de Francia, si los Reyes conspiraban desde su palacio contra la Constitución. Al oír esto, creyó la Reina que su ministro le llamaba conspiradora, y prorrumpió en sollozos, diciendo que por todas partes se deslizaba contra ella y los suyos la calumnia. Dumouriez, como buen valiente, no podía oír llorar á una mujer, y estuvo tentado de arrojarle á sus pies y pedirle perdón por lo dicho. Mas, deseoso de contrariar á la Reina por su propia salud, y de arrancarla con arrojo al abismo donde se precipitaba, le dijo muchas loas de su inteligencia y de su voluntad, insinuándole como imputaba todo cuanto de sus labios oyera, no á convicciones del ánimo regio, á desvarios transitorios del sistema nervioso. La Reina se calmó un poco á la bocanada del incienso, y aprovechó Dumouriez aquella serenidad, para decirle que habia ido al ministerio con la resolución de conciliar el pueblo y el Rey; pero si este su empeño resultaba imposible por absoluta negativa y por continua resistencia de los Reyes á su política, podían decirsele, y él se iba de la gobernación pública reduciéndose á pedir en la soledad de recatado refiro que Dios quisiera salvar en sus designios lo que consideraba como perdido y naufrago; el trono con el pueblo.

Tal fué la primera entrevista de la Reina con Dumouriez, según éste nos la cuenta en sus memorias. Y siguieron á estas entrevistas otras. En ellas la Reina lo reducía todo á lamentarse, requiriendo de Dumouriez el debido auxilio. Unas veces quejábbase de

no poder aspirar el aire libre á su guisa, encontrando todas las tardes en sus jardines algún paseante que se reía de ella y la insultaba. Sofocada dentro de su cuarto, aquella misma tarde abriera una ventana, en busca de que le prestase así el soplo como el resplandor de los cielos, tan indispensables á la vida, y el centinela de abajo, un artillero, le dijo con qué gusto vería su regia cabeza en la punta de su bayoneta. Los artículos más terribles contra los Reyes penetran en palacio, pues vociferan sus soeces columnias lectores de voz estentórea puestos de pie, como sobre cualquier tribuna, sobre los bancos ó sillas del parque. Después otro espectáculo terrible. Si pasa un cura cualquiera, no constitucional, acostumbran á escupirlo é insultarlo, atormentándolo de un horrible modo, ante los cuartos mismos de la Reina. Por todo ello decía de continuo á Dumouriez ésta, que ni podía suscribir al nuevo ministro, ni permanecer, no ya en el trono francés podrido por la calumnia, en el suelo francés desgarrado por la discordia. Y con estas quejas requería del general una protección interior, como antes requisiera de los Reyes una protección exterior para su calculada y apercebida reacción. Pero entonces Dumouriez no quería oír de tal oído. La única idea que le poseía, la única pasión que alteraba su ánimo, era la idea y la pasión belicosa. En una guerra pronta concentraba todos sus afectos y todos sus pensamientos. Lo demás le tenía sin cuidado. Fuera él á la guerra, triunfara; y sucediese luego lo que sucediese. Aquel apretado nudo de la política real, después de haberlo enredado más y más con su diplomacia y con sus intrigas naturales, pensaba cortarlo con su espada. En cuanto la guerra pasase del dicho al hecho, todo poder huía del Parlamento, huía del Monarca, huía del pueblo, y pasaba sin remedio á un general victorioso. Tal general no podía ser otro que él mismo en persona. Medía todos los generales conocidos y no encontraba ninguno á su altura. Podían dudarle en la paz, pero en la guerra, como en el naufragio, todos los tripulantes, amenazados de muerte, saben dónde se halla el piloto mejor para salvarse. Después de la guerra, podía escoger entre una República pretoriana de que fuera el protector á lo Cromwell, ó una monarquía tradicional de que fuera el restaurador á lo Monk; las ideas no le molestaban, ni embarazaban mucho; por ninguna sentía preferencias. Así trataba de domar al pueblo y domar al Rey, creyendo hacer con su espada de héroe cuanto quisiese del poder de ambas soberanías; iba sin descanso al Parlamento, al club; cenaba con madama Rolland por Musa de la Gironda; se desceñía las insignias de general para ceñirse como un demagogo el gorro frigio; después de un consejo en las Tullerías acudía solícito á una sesión en los jacobinos; así contaba con Brissot á quien obedecía, como con Robespierre á quien adulaba; girondinos y constitucionales, franciscanos y robespieristas, Dantón y Marat eran para Dumouriez lo mismo con tal que juntasen voluntades é inteligencias en el pensamiento y en el propósito común de una guerra universal, que diese al ejército, y por ende á su general, absoluto predominio sobre trono y pueblo. Mas en vano urdía concordia tras concordia entre los revolucionarios; sus discordias deste-

jían y deshilaban todas sus urdimbres. No había medio ya de que girondinos y jacobinos llegaran á entenderse tras la guerra entre ambos declarada. Los partidos innovadores y avanzados nunca se hacen cargo de que tienen alrededor las innumerables pasiones enemigas suscitadas contra ellos por las costumbres y las creencias antiguas ó heredadas, en guerra siempre con los progresos y las reformas recientes. Pelean los avanzados unos con otros, como si en el estadio de las competencias políticas pugnarán solos, y no los atisbase quien llega con ánimo de hundirlos á todos; el tercero en discordia. Durante la breve República nuestra, después de haberse levantado en armas contra ellos los filibusteros, los carlistas, los cantonales, se levantaron los republicanos. ¿Cómo había de vivir aquella pobre naciente institución si nadie la sustentaba? Pues lo mismo sucedía en este momento, por nosotros evocado; entre los revolucionarios franceses. No tenía miedo alguno, magüer sus fatigas y empeño, Dumouriez de meterlos á todos en un saco. Robespierre monárquico aún en Abril del noventa y dos, cuando sucedían tales cosas y relampagueaba la guerra, no creía de buena fe nunca el amor á la República mostrado por Brissot y lo atribuía sin escrúpulo al poder del oro extranjero. El periódico de Brissot, por su parte, decía que á tres causas imputaban las gentes los discursos de Robespierre contra la guerra; unos á demencia, cuyos estremecimientos le trastornaban el cerebro; á soberbia otros, no satisfecha sino después de granjearse la dictadura, y los más al oro de la lista civil. Para Robespierre, Narbone, el primer protegido de los brissotistas, no era más que un cortesano, envanecido de tener con el Rey en común la sangre suya, la sangre incestuosa de Luis XV. En vano le mostraban cómo la corte lo había puesto en la calle de patas; para el revolucionario eso era valor entendido entre los dos nietos de Luis XV, conchabados y acordes, entre Luis XVI, nieto legítimo, y Narbonne, nieto incestuoso. Ignorante de todo aquello que no fuera su libro de rezo, el Vicario Saboyano y el Contrato social, él llamaba como solía Herbert, el libelista inmundo, á madama Staël, madama Cañón, y le atribuía fidelidad política grande á su marido, el embajador de Gustavo en París, cuando la gran escritora vacilaba entre Montesquieu, por quien regía su inteligencia política, y Rousseau, por quien regía su corazón y su estilo, no guardándole al esposo de conveniencia, viejo y chiflado, ninguna fidelidad, ni siquiera la fidelidad matrimonial. Pero quien más hacía desatinar á Robespierre, desconfiadísimo, susceptible, receloso, mal pensado, era Lafayette. Como éste se presentara en la corte por aquel tiempo: como de la corte se fuese al ejército; como en el ejército maniobraba con torpeza bastante á que lo sospecharan de conspirador; imposibilitado Robespierre de llamarlo cortesano, pues la corte le aborrecía de muerte, llamábalo aspirante á protector, idea, según sus cavilaciones, metida en la testa de Lafayette por Brissot á macha y martillo, queriéndole para instrumento suyo el jefe de los girondinos y proponiéndose gobernar en su nombre á Francia, sobre las dos ruinas de la Revolución y de la Monarquía, quienes arruinadas, le con-

sentirían acaparar y repartir el gobierno y el tesoro entre sus paniaguados y compadres.

Cuando Robespierre hablaba de protectores, Brissot hablaba de tribunos. A pocos hombres podía este vocablo de tribuno aplicarse con tanta propiedad como al implacable jefe de los jacobinos extremos. El parecía una estatua, por lo rígido y por lo frío, de la cual estatua parecía ó ara, ó altar, la tribuna. Un tanto inerte de voluntad, poco fértil de inteligencia, con el horizonte doctrinal reducido á las ideas de Rousseau, admiradas con rutinaria fidelidad y no encerradas en las hermosísimas frases del escritor insigne, á quien tampoco podía copiar en abundancia y en sentimiento; Robespierre parecía una retórica en persona y rumiaba sus cortos y escasos pensamientos con una constancia más instintiva que intelectual. Así la virtud como la libertad no fueron en él otra cosa que retóricos tropos, repetidos por su resonancia elocuente y no amados por él en su intrínseca esencia. Nada tan fácil para quien á nadie quiere, que no extraviarse por cualquier descamino en materia de afectos. Nada tan fácil á quien pocas necesidades siente que ahorrar muchos gastos. Pero si Robespierre fuera la virtud, como aún hoy pretenden sus innumerables sectarios, ¡qué virtud tan cruel, sin efusiones del alma, sin caridad con los desgraciados, abstracta como un signo de álgebra, exenta del amor y del corazón, los dos motores de las grandes acciones! Cuando Brissot le decía tribuno, Brissot no estaba en lo cierto. El tipo de los tribunos, de Graco entre los buenos, de Catilina entre los malos, tiene más nervios, más vida, más movilidad que Robespierre; improvisa mucho, rumia poco, y perfecto conductor de la electricidad, difunde las dos contrarias con igual entusiasmo. Pero en lo que Brissot decía verdad, era en la especie de que nunca llegan los tiránicos Césares cuando no van juntos á extraviados tribunos. Los demagogos aparecen como heraldos de los Césares. Antes de Filipo Cleón, antes de Augusto Catilina. La sospecha y la delación de los buenos y leales por estos inquisidores perversos, como Robespierre, indisponen con sus tribunos al pueblo, quien, imaginándose traicionado y vendido por los suyos, se arroja sin escrúpulo en brazos de los déspotas, que por todos los medios han contribuido á cegarlos y á perderlos. Ningún desvarío semejante al desvarío de Robespierre creyendo que había en Lafayette la madera de un protector. No resulta Comwell en la Historia todo quien desea serlo. Por cada Cromwell hecho y derecho que se ha salido con la suya, existen mil Masaniellos, ó sean mil tribunos frustrados, quienes exacerban inútilmente al pueblo hasta enloquecerlo y lo aparejan infames con esta demencia sin remedio á la servidumbre sin término. Para Cromwell faltábale á Lafayette, decía Brissot con razón, idea clara, objeto definido, perseverancia moral, voluntad firme, brazo fuerte, política estratégica, constante ambición. Y Robespierre, para contender con Brissot, no sólo atacaba entonces los protectores, cosa comprensible, atacaba los filósofos, incomprensible cosa. Nadie tan abstraído como él y de política tan abstracta; por lo mismo nadie tan semejante como él á la Filosofía hecha hombre. Aquel sistema de Rousseau, más ó menos vago, más ó menos or-